



Ocio



BERNARDO DÍAZ

CONCHA VELASCO Actriz

A sus 70 años, compatibiliza el rodaje de 'Las chicas de oro' con Madame Rosa, el papel de Arthur Miller que siempre soñó con hacer. Dice que se retira con 'La vida por delante', en el Teatro La Latina

«Cuando se tiene una carrera como la mía se tiene miedo a fracasar»

ESTHER ALVARADO

Se ha puesto a las órdenes de José María Pou para despedirse con *La vida por delante*, de Romain Gary. Aquella muchachita de Valladolid deja las tablas porque tiene «miedo», dice, a no encontrar más personajes como esta Madame Rosa que le emborriona la cara pese a su coquetería y la empuetea un poco cada noche en el Teatro La Latina. Una vieja he-taira que cuida a los hijos de puta es el último papel teatral de su carrera. Eso sólo lo puede decir con la cabeza bien alta alguien tan valiente como Concha Velasco.

Pregunta.—¿Qué hace una mujer tan coqueta como usted representando a una vieja prostituta?

Respuesta.— Porque soy muy lista. Si yo, como mujer, fuera tan lista como profesionalmente, habría teni-

do mucho éxito. Estaba haciendo *Herederos*, me habían ofrecido otras obras, pero leí *La vida por delante* y dije que quería hacerlo. Mi representante me dijo que no lo iba a poder hacer porque Pou me iba a sacar sin pintar, descalza... Y yo le dije: «Precisamente por eso». Creo que ha llegado el momento de dar un paso adelante como actriz y como persona. Me va a venir muy bien y me voy a retirar con *La vida por delante*.

P.—¿No es más fácil salir así de relajada por exigencias del guión?

R.— La vida es difícil para todos, pero si además eres mujer, más. Por mucho que nos empeñemos y por muchas reivindicaciones que consigamos, la vida nos cuesta mucho más que a los hombres. Nos cuesta muchísimo envejecer porque llega un momento en el que no se nos

considera. Si cuenta es para hacer un poquito el ridículo. Pero yo tengo la cabeza muy bien puesta y he decidido que ser mayor es una cosa importantísima y que el tiempo que me quede por vivir quiero utilizarlo al máximo con sentido común.

P.— Esta obra es un canto a la tolerancia. ¿A quién le recomendaría que la viera?

R.— A todo el mundo. Es un canto a la tolerancia y la comprensión de las razas, las culturas y las religiones. Hay un momento en que Madame Rosa baja al sótano a rezar, porque es judía ortodoxa, y le cuenta a Momo el por qué de la existencia de Dios de una forma que, si a mí me la hubieran contado así, no hubiera tenido aquella crisis de fe adolescente.

P.— Es una obra sobre el amor incondicional y sus claroscuros...

R.— Es su relación con un joven, que es último hijo de puta que queda en la casa. Momo es quien cuenta la historia. Madame Rosa sube por última vez, fatigada, las escaleras de esa casa suya de Belle Ville porque acaba de entregar al último niño que tenía, porque ni los servicios sociales ni las prostitutas confían con ella para que cuide niños. El último que le queda es Momo, que no tiene a nadie. Y se inicia entre ellos un juego de preguntas y mentiras que entendemos que se produce todos los días. Es la soledad; ni ella puede prescindir de Momo, ni Momo de ella.

P.— Una soledad acompañada.

R.— Exacto. Y un egoísmo por parte de los dos. Porque él no quiere que muera Madame Rosa y ella no quiere convertirse en un vegetal. Habla también de la eutanasia.

P.—¿Se puede envejecer con dignidad?

R.— Sí, pero hay que proponérselo. En la vida hay que educarse para

todo. Para vivir, para ser persona, para envejecer y para morir. Yo siempre le he tenido terror a la muerte.

P.— Las mejores familias se forman entre los personajes más inesperados, como éstos.

R.— Sí... Y esto sucedió de verdad, cuando Argelia dejó de ser colonia francesa, todos los argelinos con nacionalidad francesa fueron recibidos en el gueto de Belle Ville, donde convivían todos ellos. Ahí estaba Madame Rosa, abandonada por un marido, prostituta engañada por un chulo... Pero fíjate la importancia que tienen las obras de teatro bien escritas y dirigidas a un espectador inte-

«Envejecer cuesta mucho, pero yo he decidido que ser mayor es importantísimo»

«A ninguna de las que nos llaman 'grandes damas del teatro' nos gusta esa etiqueta»

ligente, que hoy día sigue pasando lo mismo por desgracia. Ahora, por ejemplo, están expulsando de Francia a todos los gitanos rumanos.

P.—¿A quién le recordaba Madame Rosa cuando lo leyó?

R.— No, es que yo me enfrenté con esto cuando tenía 35 años, en el año 75, tengo la película de Simone Signoret grabada en mi cabeza. Así es que cuando llegó a mis manos la obra escrita para cuatro personajes me la sabía de memoria. Fue una de

las grandes sorpresas de Pou, que creía que tenía que contarme de qué iba y casi se lo tengo que explicar yo.

P.—¿Era uno de esos personajes que no se quería perder?

R.— Pues sí. Yo siempre he querido interpretar esos personajes importantes. Ahora me gustaría hacer los personajes que no he podido en mi vida profesional y uno de ellos era Madame Rosa.

P.—¿Le ha dado algún consejo a Momo (Rubén de Eguía)?

R.— Sí. Y no me gusta dar consejos, sobre todo porque tenemos un director que es el único al que tenemos que hacer caso. Yo le he dicho que lea; los consejos que doy son personales. Es un chico que está muy bien preparado, pero no les dan cultura en las escuelas. Yo soy muy pesada en eso, yo le hablo de actores de los que no le han hablado en la escuela, de a qué concierto clásico tiene que ir, de qué tiene que ver... Le falta eso que yo tengo.

P.—¿Le gusta el calificativo de gran dama del teatro?

R.— No, yo soy actriz. A ninguna de las que nos colocan esa etiqueta nos gusta. Me acuerdo de María Dolores Pradera, que ha sido una gran actriz además de cantante, y una vez la presentaron como gran dama del teatro justo cuando se había partido un tobillo y dijo que fue el ridículo más espantoso de su vida. Yo soy una actriz, una buena actriz, creo.

P.—¿Por qué retirarse ahora con lo fantástica que está en esta obra?

R.— Porque tengo miedo al fracaso, a no encontrar personajes como el de Madame Rosa. Cuando se tiene una carrera profesional tan estupenda como la mía se tiene miedo a fracasar. Yo salgo al escenario todos los días a conquistar al espectador y a la crítica. Y tengo miedo.